

Salutación a los españoles que viven en América

Salud, bravos guerreros de la batalla ruda
En el trajín diario por la existencia amarga,
Que labrásteis el oro de vuestro ansioso anhelo,
Forjándolo en el fuego de vuestras tristes lágrimas.
Salud, robustos brazos, como de acero duros,
Inteligencias claras, y como el sol ardientes:
Salud, almas gigantes, fecundadoras almas,
Que vencísteis sin lanzas a la invencible muerte.
Que mi canto animoso, de dulcedumbre lleno,
Llegue a vuestros oídos como rumor de olas,
Como una serenata de campesinos novios,
O música de besos, o música de frondas.
Que la caricia os lleve de nuestro sol fecundo
Que en otro tiempo hizo el milagro de un día
Eterno, para todas las españolas tierras,
Entre ellas esas tierras que vuestras plantas pisan;
Que os lleve la memoria de vuestras madres santas,
Bajo rosales muertas, en el lugar desierto
Del cementerio pobre, del pueblecillo ignoto,
Si para amaros vivo, para el trabajo muerto.
Y de las madres vivas las perdurables ansias
De volver a abrazaros en el festivo día,
Ese día esperado con la esperanza loca

De besos infinitos y glorias infinitas,
Que evoque en vuestras almas, ya sean mozas o viejas,
De la niñez el tiempo regalado y florido,
Cuando en las arboledas, entre espinas y frutos,
Profanábais la dulce tranquilidad del nido.
Y domingeros íbais con la romera gente
A solazar las almas en las ermitas quedas,
Donde se guarda al Cristo que lo perdona todo,
Donde se reza al santo de la inmortal leyenda,
Que evoque en vuestras almas la sagrada memoria
Del maestro de escuela que os enseñó a ser hombres,
Y mientras a vosotros la esperanza sonrío
Él perdura olvidado, tan humilde y tan pobre.
Y los juegos dichosos en la plaza, a la hora
De la tarde en que el *Angelus* reza un son de campanas,
Que es sonoro como una voz alegre del día
Que se va por la cumbre con su sol a otra patria.
Que os recuerde la hora de inefable embeleso
En que dísteis al alma la comunión primera;
Que os recuerde la gracia de las noches de luna
Cuando al amor primero dísteis alma en ofrenda.
Que a la memoria os lleve de la guitarra triste
El gemir errabundo de la copla gitana,
De la gaita gallega el plañir armonioso;
De la jota vibrante la bravura del alma.
Y que os muestre a los ojos la bandera española,
Oro y sangre en el lienzo, luz y amor confundidos
En un cielo de gloria, que nos ciega los ojos,
Con el iris brillante de su seda y su brillo.
Yo acordaré mi canto con el murmullo ledo
De las aguas corrientes en las fuentes sonoras,
Con el grato repique de campanas festivas,
De esas dulces campanas que repican a gloria.

Con el lloro doliente de la anciana que espera,
Esa muerte temprana para todo amor santo,
Esa muerte que llega al hogar de las madres
Cuando el hijo está lejos del calor del regazo.
Con los épicos sonos de tambores vibrantes,
Con las notas agudas de clarines guerreros;
Con el leve ruido del batir de unas alas
Y la copla que vuela en las alas del eco.
Yo acordaré mi canto con el rumor del río,
Y las aguas que corren por las hondas acequias;
El balar de los dulces corderillos humildes,
Con el ritmo angustioso que modula una queja,
Porque mi alma viva en mi cantar sencillo
Y el alma de la patria a vuestro sueño lleve
El genio de la raza, el ritmo de la vida
Triunfadora del odio y el dolor de la muerte.

J. MUÑOZ SAN ROMÁN

